

Coporaque, la trayectoria de un poblado andino

Arq. RAMON GUTIERREZ

Lic. INDILIO SANTILLANA

Arq. GRACIELA M. VIÑUALES

Arq. AMAYA YRRAZABAL

1. *Evolución histórica*

Coporaque, pueblo andino elevado a categoría de distrito por ley del 29 de agosto de 1834 durante el gobierno de José Pardo, se encuentra en la provincia de Espinar, departamento del Cuzco, Perú.

La población “urbana” de Coporaque está compuesta por sectores que se diferencian entre sí por la heterogeneidad ocupacional, desde un sector de hacienda —pasando por comerciantes intermediarios y campesinos migrantes de las haciendas y/o comunidades— hasta sectores semiocupados y desocupados. Mientras la población rural es homogénea siendo su ocupación básica la ganadería, y una agricultura de subsistencia. Un aspecto de relevante actualidad lo constituye la migración, tanto desde la zona rural, como desde la urbana. La causa principal de este desplazamiento a núcleos urbanos mayores —como Yauri, Sicuani, Cuzco, Arequipa o Lima— se debe al resquebramiento de las relaciones entre el latifundio y las comunidades campesinas y al decaimiento del pueblo como centro de servicios.

En la actualidad, Coporaque es un pueblo vegetativo y macilento, con vestigios sociales y arquitectónicos que muestran las comodidades y las instituciones de una época ya pasada. Vive de una nostalgia del pasado, pasado de esplendor semifeudal tanto en su componente urbanístico, cuanto en sus relaciones sociales y de producción.

Coporaque, antes de constituirse en parcialidad del Urinsaya —o como núcleo urbano durante las primeras décadas del siglo XVI— era un inmenso territorio pajonal, compuesto por un conjunto de ayllus diseminados en toda el área.

Estas comunidades campesinas, producto de la conquista, absorbiendo los antiguos ayllus se constituyeron en el sector productivo, fuertemente tributario en lo económico y fácilmente manipulado a nivel social, político e ideológico, en función del sistema colonial.

La comunidad se convirtió así en un mecanismo que regulaba la organización administrativa de la producción económica y del control social.

Posteriormente, y en muchos casos paralelamente al surgimiento de las comunidades campesinas, se genera el sistema de hacienda en la región.

La hacienda y la encomienda surgen, en la mayoría de los casos, de la usurpación de las tierras comunales o de los ayllus y del aprovechamiento de la mano de obra indígena. Al parecer, la primera encomienda corresponde a don Juan Gómez, quien reduce a los indios de la zona de Hanancasa, teniendo, por el año de 1581, 1751 personas y 265 tributarios¹. Este repartimiento con su agrupación de indígenas, resulta ser la matriz que genera la posterior fragmentación de tierras por herencia o venta, después de las composiciones de tierras que se realizan en la región por el dominico Domingo Cabrera de Lartaún a mediados del siglo XVII y por el Marqués de Valdelirios a comienzos del XVIII.

Ya entrado este siglo XVIII, el sistema de hacienda adquiere poder en todos los niveles y —como reflejo de ello— se perfila Coporaque como el núcleo urbano de servicios centrales, donde se asentarán los solares señoriales y las instituciones políticas y religiosas de la organización colonial. Las “casas haciendas” ubicadas dentro de la finca son secundarias, de uso temporal sobre todo por el predominio de la producción ganadera de tipo extensivo.

De esta manera, el núcleo urbano de Coporaque adquiere prestigio y poder, por la radicación de los hacendados en el pueblo y por la formación del mercado de intercambio y trueque.

Las comunidades campesinas, que son el origen económico de las primeras haciendas y —posteriormente— del poblado, devienen gradualmente en dependientes, hasta convertirse en comunidades satélites del sistema de haciendas. Los conflictos se agravan y, según un autor, en el distrito de Coporaque los hacendados “casi exterminaron la población” e incendiaron el pueblo, atentando a la vez contra la Congregación de las Carmelitas².

Durante los primeros años de la Independencia, Coporaque alcanzó su apogeo, pues por decreto del 20 de diciembre de 1829 se formaron las Subprefecturas de Canas y Canchis, quedando Coporaque como capital de Canas, posición que ocupó hasta 1863 en que fuera nominado como capital el pueblo de Yanaoca³.

En la actualidad en Coporaque ha desaparecido prácticamente la estructura formal de la hacienda, pero quedan muchos rasgos supraestructurales y semif feudales en la relación entre la comunidad y la hacienda.

Las haciendas principales en el área de Espinar son Bosto, Huini, Quinsachuti, Amayani, Challuta, Huilcarani, Santa Ana, Pica. Oquebamba, etc., dedi-

1 MAURTUA Victor A.— Juicio de Límites entre Perú y Bolivia. Tomo I. Virrey nato Peruano. Imprenta Heinrich y Cía. Barcelona, 1906.

2 NONUNCA VALENZUELA Jesús Aniceto.— Situación geográfica social y económica y política de Espinar. Monografías de Geografía Humana. N° 12. Cuzco. 1949.

3 BLANCO José María.— Diario de Viaje del Presidente Orbegoso al sur del Perú. Prólogo y notas de Félix Denegri Luna. Instituto Riva Agüero. Universidad Católica del Perú. Lima, 1974.

cidas a la explotación ganadera en las punas e inclusive a la fabricación de mantecas, quesos y —algunas de ellas— a la preparación de cueros.

Las comunidades campesinas también se van disgregando, pero en algunas fechas del año se concentran en la Plaza de Armas para conmemorar las festividades y santos patronos del pueblo. Son famosas en este sentido las fiestas de Reyes que duran tres días y que congregan visitantes de todas las zonas del Sur del Perú ⁴.

Es frecuente que se realicen en la oportunidad carreras de caballos, corridas de toros y riñas de gallos, resabios de los antiguos “regocijos” coloniales.

En las fiestas de la Patrona se mantiene el orden de ingreso de las diferentes comunidades a la plaza, a través de los seis arcos de piedra finamente adornados. Todos estos arcos fueron construídos entre los años de 1716 y 1748.

A continuación el esquema que muestra el N° de arco, la fecha de construcción y la comunidad mayor que ingresa, con indicación de la festividad.

<i>Arco</i>	<i>Fecha Construcción</i>	<i>Comunidad</i>	<i>Festividad</i>
1	1716	Tотора	Virgen del Carmen
2	1748	Huayhuasi	”
3	Destruído	Aconcahua	”
4	1748	Ccollana	”
5	1721	Camanoja	”
6	Cubierto con cemento	Urinsaya	

Es importante constatar la supervivencia de las estructuras sociales de las comunidades, pues un relato de 1834 nos indica la existencia justamente de estas mismas comunidades en Coporaque ⁵. También es verificable una correlación entre la estructura social y la religiosa dada la existencia de 6 Cofradías que coincidirían con las comunidades: Natividad, Virgen Purificada, Animas, San Juan Bautista, San Pedro y Santa Rosa ⁶.

Esta misma vida religiosa se prolonga del centro urbano a las comunidades campesinas en las capillas rurales de Apachaco (que se utilizó como viceparroquia), Totorani, Chimini, Huaruruni, Carpinto, Chununi, Suicutambo, Challqui, Cotahuasi, Huaiquilla, Airacollana, Urinsaya, Huayhua-Huasi, Baños, Moggopata, Garpinto y Huayllonca que constituyen un sistema o red de servicios rurales dependientes de la matriz de Coporaque.

4 *VALENCIA HUALTO Fausto*.— Descripción geográfica, industrial y costumbrista de la Provincia de Espinar (Departamento del Cuzco). Monografías de Geografía Humana del Perú. Tomo 17. Cuzco, 1955.

5 *FLORES Pedro Celestino*.— Guía de Forasteros del Cuzco para el año de 1834. Imprenta de M. Corral. Lima, 1834.

6 *Archivo de la Prelatura de Sicuani*.— Sicuani. Libro de inventarios de Coporaque. Año de 1942.

El planteo urbanístico de Coporaque.—

El pueblo presenta desde el punto de vista morfológico un trazado sumamente regular. Pedro Celestino Flores lo describía a mediados del siglo XIX como “trazado con simetría, tiene una plaza cuadrada con 6 arcos de piedra que son salidas a las calles rectamente tiradas”.

En la época de esta descripción Coporaque era capital de Canas alcanzando probablemente su máxima extensión, ya que hoy la periferia del poblado presenta una situación de abandono que demuestra su contracción poblacional y económica.

La integración volumétrica con el paisaje se presenta en Coporaque —como en Yauri y otros pueblos de la puna— de una manera ambivalente. La contradicción entre el contraste volumétrico de las construcciones en un horizonte lineal se atenúa por la mimetización que produce la utilización de materiales de recolección: paja, barro y piedra sillar. Recientemente la calamina introducida en los techos, comienza a romper el equilibrio entre pueblo y medio ambiente que es una de las virtudes de la arquitectura popular.

El trazado de Coporaque demuestra la inexistencia de limitaciones para su asentamiento y crecimiento, espacios urbanos amplios, manzanas que incluyen casas con sus huertas y corrales, testimonian la persistencia de una estructura semirural que deviene en urbana por mera yuxtaposición.

El desgranamiento de las viviendas hacia las áreas periféricas, parece no marcar una relación estructural entre el poder económico con respecto a la cercanía de la plaza, ya que algunas viviendas relevantes como la del cacique Canatupa Sinanyuca y otras de dos pisos (inclusive con “loggias” de piedra) se encuentran fuera del contorno de la plaza.

Sin embargo no es menos cierta la concentración de viviendas de hacendados en dos de los lados de la plaza donde predominan las de las familias Valer y Andía —entre otras— algunas de las cuales se hallan en total abandono y las más corresponden a facturas tardías de comienzos del siglo XIX.

La incorporación de huertos y corrales junto a la vivienda genera en definitiva una trama abierta con una densidad baja que lleva a una extensión del poblado amplia que acentúa el carácter “no urbano” de su fisonomía.

Coporaque como centro de servicios debió también lograr su apogeo con la capitalidad de Canas lo que le significaría la sede del Subprefecto, Juzgado de Paz y otras oficinas que aumentarían su rol terciario. En la actualidad solo un puesto de la guardia civil, una casa parroquial desierta y la presencia lánguida de algunos almacenes y chicherías denotan la persistencia de un centro de servicios para una comunidad que retornó a sus hábitos rurales.

Descartada la relación de tipo concéntrico entre la estructura de poder y la localización de la población, lo que sí se nos presenta como evidente es la persistencia de una estructura geográfica basada en la subsistencia de los antiguos ayllus, transformados en comunidades a los cuales se superpone como hemos señalado, la estructura religiosa de la Cofradía.

La forma de acceso a la plaza de estas comunidades marca la localización de áreas o "barrios" vinculados a las mismas y que constituyen especies de "terminales" urbanas de la población rural de la comunidad. El esquema se complementa de manera centrípeta con el sistema de capillas que prolongan la interacción entre el centro urbano y el área rural en el plano religioso.

El mercado constituye la entidad económica y social de mayor envergadura (junto con las fiestas patronales) y marca hitos dentro de la vida del pueblo y en su relación con los poblados vecinos.

El aislamiento de Coporaque constituye una de las causas básicas de su decadencia. La accesibilidad fue históricamente uno de los problemas claves del pueblo y de allí que el párroco Sebastián de la Paliza concretara como una de sus primeras obras la realización del sistema de puentes que garantizara el acceso.

En su relación de meritos de 1813, el emprendedor párroco acotaba haber realizado un "puente de cal y piedra a sus solas expensas en el río que pasa por su doctrina y en que anualmente se sepultaban muchos indios". Este puente se complementaba con el que está sobre el río Aconcahua bajo cuyo arco se leía según Pedro Celestino Flores una cartela con la inscripción: "Mandó hacer el General Don Gregorio" (Gamarra?).

Hoy en día las comunicaciones con Yauri, capital del Departamento de Espinar y pueblo más próximo se alargan innecesariamente por la inexistencia de un puente mejor ubicado que facilitara las comunicaciones. El apartamiento de la carretera principal del eje Espinar-Chumbivilcas soslaya la participación de Coporaque en el circuito comercial aumentando su aislamiento.

La plaza de Coporaque.—

Definidas las relaciones de Coporaque y su entorno inmediato, podemos precisar que en lo atingente a su estructura interna la plaza constituye —como en todo poblado americano de origen hispánico— el epicentro de la vida de la comunidad.

La conjunción de las funciones civiles y religiosas en un solo espacio le confiere el cúmulo de valores institucionales y simbólicos a los que se agregan periódicamente los específicamente comerciales (ferias-mercados) y los recreativos (fútbol, corrida de toros, etc.).

La amplitud del espacio abierto destinado a plaza es desmesurado en relación a la extensión del poblado y a la densidad de su población, siendo una de las mayores de la región.

Otra de sus peculiaridades —ya señalada— es la de constituir una plaza "cerrada" con arcos de acceso, construídos a través de medio siglo, característica poco frecuente en las plazas americanas, aunque relativamente

utilizada en la región del Cuzco (predominantemente en Acomayo, Canas y Canchis).

La inserción de los elementos arquitectónicos en el marco de la plaza es también importante. La Iglesia elevada con su atrio-cementerio almenado y su torre que marca el punto dominante, ocupan un flanco. El lateral que incluye el Beaterio con su capilla de dimensiones modestas se integra además con unas casas de dos pisos y la casa parroquial baja más extensa. Los otros dos flancos están constituidos por viviendas residenciales y tiendas. Las de Mayor calidad flanqueando el templo con balcones volados en piedra y portadas populares decimonónicas presentan un frente de mayor valor que encubre las ruinas de lo que otrora debieron ser las mansiones de los hacendados y señores de la tierra.

Dentro de la plaza las acequias perimetrales y una cruz misional de gran calidad decorativa, cuya base de piedras colocadas en forma estrellada constituye otra innovación; marcan los hitos memorables. La presencia dominante de la logia de arquerías sobre el flanco del templo constituye otro elemento clave que jerarquiza el sentido de "palco-mirador" sobre las actividades de la plaza.

La carencia de vegetación —que dé sombra— concreta a los lugares de reunión sobre la periferia junto a la sombra acogedora que proyectan las viviendas, torre y templos. El centro de la plaza se evidencia así como un páramo cuando las actividades en ella se limitan a los pequeños grupos de pobladores habituales convirtiéndose más en un lugar de paso que de estar.

El templo de Coporaque.—

La iglesia de San Juan Bautista de Coporaque debe datar —en lo sustancial de su partido arquitectónico— de la primera mitad del siglo XVII. Diversos indicios así lo confirman: su definición como doctrina en 1613 en oportunidad de la división del Obispado del Cuzco, los restos del artesonado mudéjar del presbiterio y el hecho de que en 1678 estuviese en trabajos de reparación parecen ser datos suficientes⁷.

Sin embargo, durante el siglo XVIII, el templo recibió modificaciones sustanciales al punto de cambiar su carácter espacial de manera notoria —los retablos y la mayoría de las pinturas datan de esta época— manteniéndose sólo parte del tratamiento del arco triunfal, restos de pintura mural y del artesonado de la capilla mayor. El cambio de cubierta por un techo de calamina durante el presente siglo, coadyuvó a la ruptura del antiguo concepto espacial y fragmentó la unidad del conjunto integrado con calidad a través de los siglos.

Los trabajos de los últimos años del siglo XVIII fueron realizados bajo los curatos de Pedro Fernández de Maldonado y Peralta y de Sebastián de la Paliza con su teniente cura Buenaventura Bocangelino.

⁷ *Archivo General de Indias*.— Sevilla. Sección V. Audiencia de Lima. Legajo 306. Carta del Obispo Mollinedo del 4 de enero de 1678.

Un inventario de 1784 nos señala ya la existencia de cinco retablos “tallados y dorados muy buenos” que estaban bajo las advocaciones de San Vicente, del Señor de la Columna, Nuestra Señora de Dolores, de las Animas y de la Purificación. Se hallaban también diez lienzos de la vida de Santa Rosa que fueron robados hace pocos años del templo y la marquería de quince lienzos de la Virgen. En el bautisterio se hallaba un “altar o retablo de piedra” que ya se ha perdido. También el coro estaba entonces sobre dos columnas y dos arcos de piedra, siendo posteriormente modificado como se verá.

La torre de cal y piedra era considerada “hermosa y vistosa”. Fue realizada en el año 1702, bajo el Obispo Mollinedo, por el cura Juan de Peralta Solier de los Ríos (de la familia de los Condes de la Laguna) quien también construyó debajo de ella una capilla de San Antonio de Padua “con varias pilastras de madera”. El cuerpo superior de la torre parece haber sido rehecho avanzado el siglo XVIII a juzgar por la ornamentación.

Existía en 1784 una capilla para guardar andas que también era utilizada como depósito y que por encontrarse entonces rajada y mal hecha —pese a ser nueva— suponemos tuvo corta vida y hoy no existe⁸.

Había también otra capilla “algo deshecha y maltratada” en la que se había dispuesto un osario. Esta capilla complementaría la que hoy encontramos junto al cementerio, cercana a la cabecera del templo y que estaba bajo la advocación de San Miguel. La capilla estaba en 1786 arruinada, fue rehecha posteriormente y hoy se encuentra parcialmente destechada.

El cementerio abarcaba la totalidad del atrio cerrado “rodeado de pilastras de piedra labrada” pero en la actualidad sólo queda habilitada una fracción ubicada en la testera del templo.

El apogeo de la Iglesia se produce en las últimas décadas del siglo XVIII bajo el esfuerzo mancomunado del párroco Sebastián de la Paliza, su teniente Buenaventura Bocangelino y el cacique Eugenio Canatupa Sinanyuca.

En 1799 el cura de la Paliza, dispone la reconstrucción del coro desde los cimientos haciéndolo de bóveda “pues el que antes tenía era de tablas” y manda pintar los lienzos que enmarcan el coro bajo.

Así sucesivamente constatamos la realización del sagrario forrado de plata y las gradillas y cenefas de plata del altar mayor, así como la hechura de atril y depósito del mismo material, compostura del frontal y los blandones (1785-1793). También datan de 1791 las marquerías barrocas de los diez lienzos del Presbitero que son traídas directamente desde el Cuzco y la fundición de las campanas.

El libro de fábrica del templo certifica su presencia en la tarea de adornar la Iglesia, en fomentar la vida de las cofradías e inclusive en concertar las obras públicas de importancia para el desarrollo del pueblo.

⁸ *Archivo Parroquial de Coporaque*. — Libro de Fábrica de la Iglesia. 1781-1837. Los datos correspondientes a la evolución del edificio en este período los extraemos de esta documentación.

El impulso constructivo comienza a frenarse y decaer notoriamente a partir de los primeros años del siglo XIX en lo que hace a la Iglesia, no así en otras obras públicas y viviendas del pueblo. Constatamos así que en 1817, se cae una parte del cementerio y que dos años más tarde es necesario rehacer el tumbadillo de toda la Iglesia y reparar "el corredor del coro". En 1820 las reparaciones comprenden el rearmado del retablo principal y la del órgano por el Maestro Organista Fray Francisco Ninancuro, mientras un maestro escultor repara las imágenes y andas en 1827.

El decaimiento del templo puede vislumbrarse en inventarios de 1861-1869 realizados durante la administración del Padre Antonio de Galdo⁹.

Las reparaciones eran urgidas a comienzos del siglo XX y en 1916 se autoriza la venta de la platería del templo para proceder a las mismas. Como corolario de ello el 6 de marzo de 1918, el párroco da cuenta al Obispo "de la sensible desplomación de una fracción del techo del templo parroquial" la que sin duda motivó el reemplazo de la antigua cubierta por la calamina actual¹⁰. Finalmente entre 1935 y 1938 debía rehacerse la pared del lado de la Epístola que amenazaba desplomarse y recientemente se completó parte del atrio y recalzaron los muros externos del templo.

Análisis de las propuestas arquitectónicas del templo de Coporaque.—

El emplazamiento del templo con respecto a la plaza, confirma en principio, el carácter temprano de su construcción, ya que adopta un partido que presenta el lado mayor ocupando todo un extremo de la misma.

De la misma manera el atrio se extiende longitudinalmente con un podio almenado y elevado sobre una plataforma dominante que jerarquiza la ubicación del templo.

El acceso al atrio se define en forma puntual con unas breves escalinatas y la estrechez de las mismas hace pensar que hubiera allí originariamente arcos cuya luz condicionó la amplitud de estos accesos.

Ubicada en el eje del acceso principal se encuentra la cruz misional a la cual nos referimos con anterioridad. El otro acceso se localiza cercano a la torre y cabecera del templo.

El volumen de la Iglesia presenta un área remarcada por la elevación del Presbiterio respecto del cañón de la nave, solución frecuente en templos contemporáneos al de Coporaque (Checacupe por ejemplo) y que indica la estructura de cubierta independiente que se adoptaba en la capilla mayor.

⁹ *Archivo del Arzobispado del Cuzco*.— Papeles diversos sin clasificar. Cuadernos de Coporaque. Año 1861. Inventario del 8 de noviembre de 1869.

¹⁰ *Archivo del Arzobispado del Cuzco*.— Libro Copiador de Correspondencia del Obispado del Cuzco. Años 1917-1919.

La portada de acceso presenta una solución simple desde el punto de vista de su composición global, pero compleja en las tipologías de los elementos ornamentales.

Sobre la base de un cuadrado se inscribe en él un vano con arco de medio punto, flanqueado por pilastras y rematado en un friso de rosetones.

El arco cajeado a la manera clásica descansa, sin embargo, en heterodoxas pilastras conformadas con motivos geométricos que semejan flores estilizadas. Lateralmente se encuentran dos paños con hornacinas sobre repisas y cartonerías de límite trabajadas mucho más ricamente que las pilastras centrales. Las hornacinas laterales contienen pinturas murales mientras que en la superior sobre el vano hay una imagen en piedra policromada del patrono.

La portada de los pies conforma para nosotros uno de los mejores ejemplos de la arquitectura mestiza en la región y contrasta claramente con la claridad de la ornamentación ya analizada. Presenta en principio una estructura horizontal que se ha afianzado por la disposición de una faja de piedra tallada que a la altura de un metro define un zócalo y rebaja las proporciones verticales.

Otra segunda característica es el sentido planista del conjunto que en ciertas partes (cuerpo superior) alcanza formas de tapiz adosado a la pared, sentido éste muy español que se une a un tratamiento ornamental nítidamente plateresco.

El "horror vacui" se hace aquí evidente pero en una temática audaz que comprende elementos vegetales, geométricos y estilizados en curiosa composición. Obviamente cierta zona de la parte superior ha sido rehecha utilizando displicente y arbitrariamente las piedras talladas.

El sabor popular de la portada se anuncia desde un arco de medio punto cuyo trazado es irregular y se ha abierto en los extremos, las pilastras (columnas en este caso) que flanquean el vano y que no tienen correspondencia con los apoyos inferiores así como las discontinuidad de los elementos ornamentales. Se conforma así el todo como una sumatoria de elementos dispersos y de a ratos caprichosos que sin embargo por la homogeneidad del tallado de la piedra adquieren unidad y dan riqueza a la presentación global de la portada.

La torre se encuentra exenta del volumen principal de la Iglesia. Como se ha señalado está fechada en 1702 y presenta la innovación de incluir una capilla en la parte inferior lo que exige una solución de doble acceso para independizar las funciones. Esta capilla sirvió durante un tiempo de baptisterio mientras se reedificaba parte del templo.

La capilla tiene una portada simple, sin embargo los dos cuerpos superiores de la torre parecen pertenecer a una construcción posterior identificándose con las tipologías de las torres de fines del siglo XVIII de Yauri y Velille.

El volumen de la iglesia presenta un motivo de sumo interés, quizás el de mayor calidad dentro de los ejemplos peruanos. Nos referimos al "corre-

dor del coro” conformado por una loggia de siete arcos que constituye la capilla abierta más importante que aún subsiste en el país.

Por su extensión, emplazamiento y resolución formal esta capilla abierta —que motiva el avance de un bloque lateral del templo— es un caso sumamente curioso. Cuando hablamos de capilla abierta lo hacemos en este caso en el sentido nato de un lugar funcional para permitir la extroversión del culto, independientemente de la tipología precisa de la función religiosa sea ésta para oficios litúrgicos, misas, ubicación de coro y/o orquesta o finalmente para funciones complementarias de palco para procesiones, desfiles o las habituales corridas de toros.

El interior del templo demuestra transformaciones sustanciales con respecto a su concepción original. Por una parte las importantes adiciones del siglo XVIII se unen a las más recientes transformaciones, algunas de ellas decisivas como la colocación de la cubierta de calamina.

En rigor del templo original no nos quedan sino vestigios del artesanado mudéjar del presbiterio y fragmentos de pintura mural de gran calidad en los pilares y el arco toral.

El retablo principal y los otros que se encuentran en la nave provienen de la segunda mitad del siglo XVIII, probablemente realizados algunos de ellos durante el curato de Sebastián de la Paliza. Algunos de ellos como el de la Dolorosa han sido rearmados sin mucha competencia y el del Señor de la Columna sufrió alteraciones luego de un incendio que lo afectó parcialmente.

El retablo del altar mayor es una obra de calidad a la cual se han incorporado todas las primicias de la ornamentación dieciochesca tardía como las gradillas y cenefas en el trono y la espejería en arco que flanquea el nicho. En su armado se ha respetado la forma poligonal de la cabecera del templo.

En el presbiterio se conservan dos colecciones de lienzos, una de San Juan Bautista y otra de la vida de la Virgen que como señaláramos data de fines del XVIII. La serie de San Juan Bautista fue pintada en 1670 por el Maestro Pintor Antonio de la Cruz, indio natural de la doctrina de Huasac (Pau-cartambo) por encargo del párroco Juan de Peralta Solier de los Ríos¹¹. La serie original comprende 14 lienzos de los cuales solo quedan 4, algunos de ellos dañados.

Existía también una serie de pinturas de la vida de Santa Rosa colocadas en marcos de yeso en relieve y adosados a la pared que fueron robadas como se ha mencionado.

Otro conjunto heterogéneo de pinturas del siglo XVIII completa el equipamiento destacando una de la aparición de la Virgen a San Bernardo en la cual se encuentra el retrato del donante con la siguiente leyenda: “El Dr. Dn. Sebastián de la Paliza y Espejo, propio de esta Doctrina de Coporaque,

11 *Archivo Departamental del Cuzco*.— Notarial. Protocolo N° 233-585. Escribano Martín López de Paredes. 28 de enero de 1670.

Examinador Synodal del Obispado, Rector por Su Majestad del Colegio de San Bernardo, Comisario del Santo Oficio de la ciudad del Cuzco que mandó hacer a su costa el puente de cal y piedra en el río de Yauri”.

Otro retrato de principios del siglo XIX del párroco se encuentra en la sacristía. El púlpito también parece datar de fines del XVIII y como el conjunto de los retablos muestra el abandono y falta de cuidado con que se han conservado a través del tiempo.

El Beaterio de Coporaque.—

Una de las peculiaridades del pueblo y la plaza de Coporaque radica justamente en la existencia de un beaterio de terciarias Carmelitas en el mismo. Conocida es la existencia de este tipo de establecimientos de religiosos-laicos que encontramos en algunos otros poblados de la región cuzqueña cuyo ejemplo relevante puede ser el de Quiquijana, hoy en ruinas, y del cual solo queda la capilla de la Virgen del Cabildo.

Sin embargo en Coporaque, el beaterio es una realidad histórica viviente pues no solo mantiene lo sustancial de sus construcciones sino que también permanece en uso funcional por el pequeño grupo de beatas que aún lo habitan. La reglamentación de su funcionamiento fue hecho por el Obispo José Gregorio Castro aclarando que las beatas no tenían vida de comunidad “sino que cada religiosa se mantiene en el trabajo de sus manos o ayuda de sus parientes”.

El Beaterio fue formado en 1799 según se desprende de las inscripciones del frontis de la capilla y fue obra del Cacique de Coporaque Capitán Eugenio Canatupa Sinanyuca quien como hemos visto apoyaba coincidentemente las obras de la iglesia.

De la importancia del cacique habla por sí solo el hecho de que era poseedor de la medalla Pensionada Real por “haber sido tan buen servidor del Rey como lo manifestó en la pasada rebelión y por ser tan contraído al culto y aseo de la iglesia del pueblo”. Esto evidencia que fue Canatupa Sinanyuca uno de los pocos caciques fidelistas de la región de Espinar-Chumbivilcas durante el alzamiento de Túpac Amaru¹².

En su testamento que pudimos localizar, el cacique manifiesta que “ha fabricado una capilla dedicada a Nuestra Señora del Carmen en el citado pueblo de mi residencia con su beaterio y la he adornado con un retablo dorado de espejos, coro, su órgano, púlpito y confesionarios, aperando la sacristía de lo más preciso”¹³.

12 Llama la atención esta posición de Canatupa Sinanyuca pues ya tempranamente los caciques de Coporaque en 1775 protestaban sobre el mal trato que recibían sus indios en la mita de Potosí. Véase *Archivo Departamental del Cuzco*. Documentos históricos del Oficio de Teófilo Puma. Sicuani. Legajo N° 4, Documento N° 4.

13 *Archivo Departamental del Cuzco*.— Protocolos de Escribanos N° 14-208. Escribano Anselmo Vargas. Testamento de 27 de noviembre de 1804.

La casa del beaterio presenta una prolongada fachada sobre la plaza donde se ha jerarquizado una portada de piedra con un arco rebajado y una pequeña ventana que enfatiza el sentido de introversión de la misma.

En lo interior el Beaterio está bastante deteriorado. Conocemos por una descripción de 1942 que tenía zaguán, sala de recibo, tres secciones con sus respectivos patios (uno con portal de arquerías hoy en ruinas), 15 celditas, 6 despensitas, 6 cocinas, 3 piezas y dos habitaciones de depósito. Es decir adoptaba el partido de celdas y equipamiento independiente para cada religiosa siguiendo la tipología propia de ciertos monasterios coloniales cuyo ejemplo paradigmático es sin duda Santa Catalina de Arequipa.

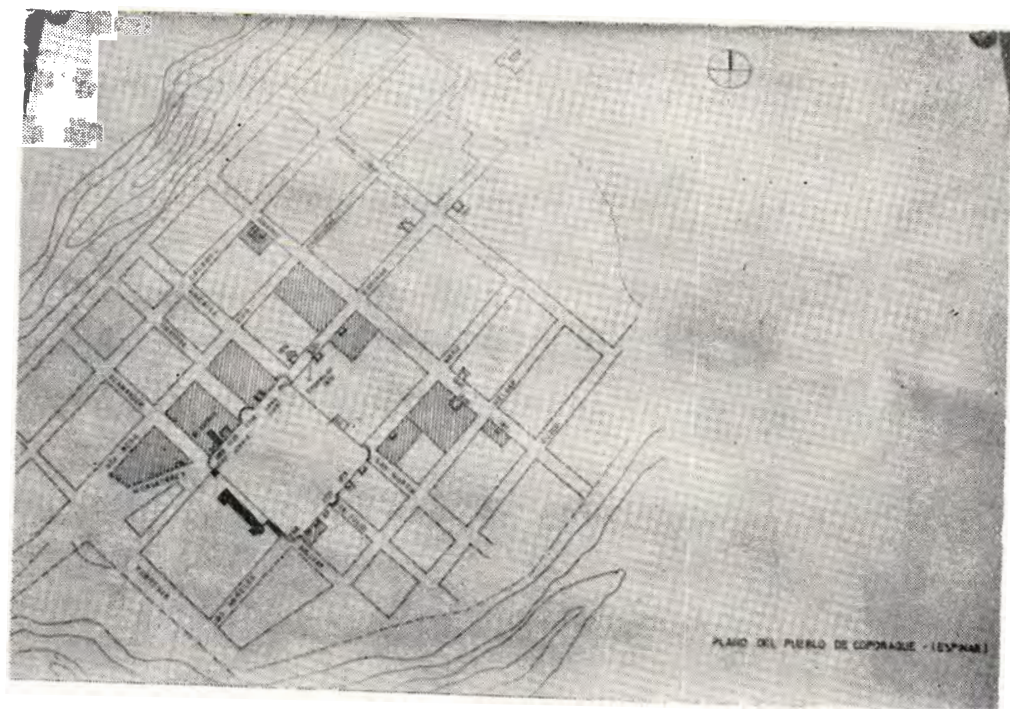
La capilla a su vez aparece retirada de la fachada formando un espacio de transición con la torre (que está en una misma línea con el Beaterio) y un cubo en el otro extremo que señala la existencia de otra torre hoy caída. Este espacio de transición valoriza la presentación de una fachada de nítido sabor mestizo donde se fusionan los lenguajes de un barroco tradicional (columnas salomónicas) con un sentido manierista (utilización anti clásica de capiteles, pilastras y soportes) y un cierto lenguaje neoclásico en una ornamentación de fácil y accesible lectura.

Esta integración de sensibilidades y elementos podemos encuadrarlos más en una temática de influencia arequipeña que cuzqueña donde la utilización de una piedra muy similar al sillar arequipeño no ha dejado de tener importancia facilitando el sentido planista del tratamiento.

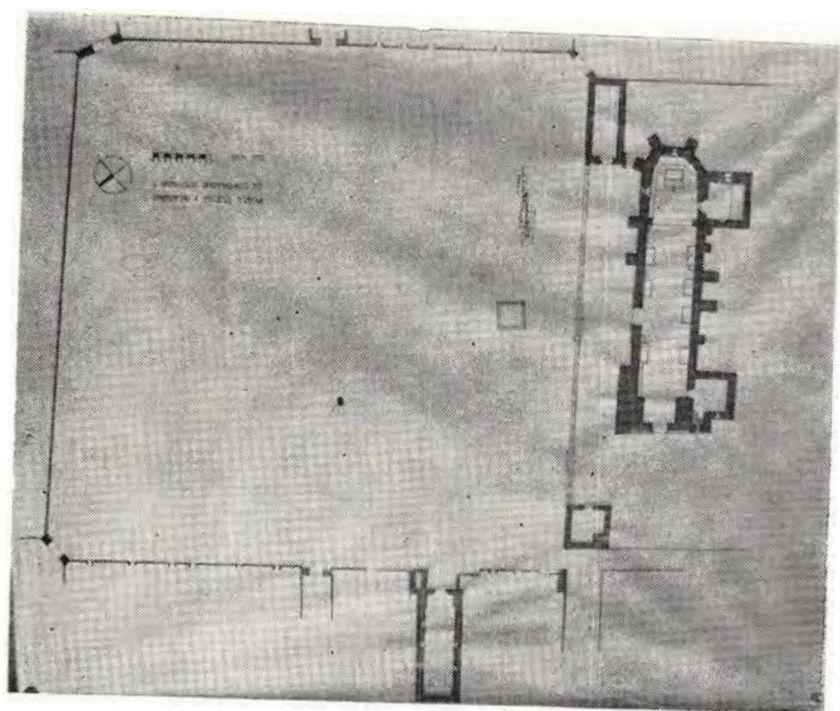
La estructura de la portada como sumatoria de elementos (que también encontramos en la Iglesia) es otra de las características donde el lenguaje de las partes adquiere cierta independencia con respecto a la estructura del conjunto.

La feliz composición de una casa de dos pisos (única que queda en uso en el pueblo) adyacente a la capilla, produce un interesante movimiento volumétrico al conjunto demostrando la capacidad de integración arquitectónica en el tiempo más allá de funciones y tecnologías.

Los ejemplos de la arquitectura y el urbanismo de Coporaque analizados ponen en evidencia una vez más la capacidad de integración entre la arquitectura popular y el paisaje, al mismo tiempo que ratifica la íntima relación entre la arquitectura y sus circunstancias económicas, sociales y culturales. Coporaque es pues un pueblo andino que nos presenta un desafío más, la necesidad de proteger un entorno humano, hecho para vivir, y las respuestas que demanda una comunidad marginada que va paulatinamente abandonando este habitat de calidad para engrosar "pueblos jóvenes" por carencia de los medios de subsistencia que un elemental sentido de justicia reclama imperativamente.



Plano del pueblo de Coporaque (Espinar).



Plano de la Plaza, Iglesia y Beaterio de Coporaque (Espinar).



Portada principal del templo de interesante factura con pinturas murales en las hornacinas inferiores.



Portada de pies del templo de Coporaque. Un notable ejemplo del barroco "mestizo" con notoria influencia arequipeña.



Coporaque: Vista del atrio de la iglesia de San Juan Bautista. Al fondo la torre exenta y el Beaterio de las Carmelitas.



Cómputo de casas señoriales de las familias Valer y Andía en uno de los laterales de la plaza de Coporaque. Obsérvense los balcones avanzados sobre la plaza realizados en piedra sillar.



Calle de acceso a la plaza y arco lateral.



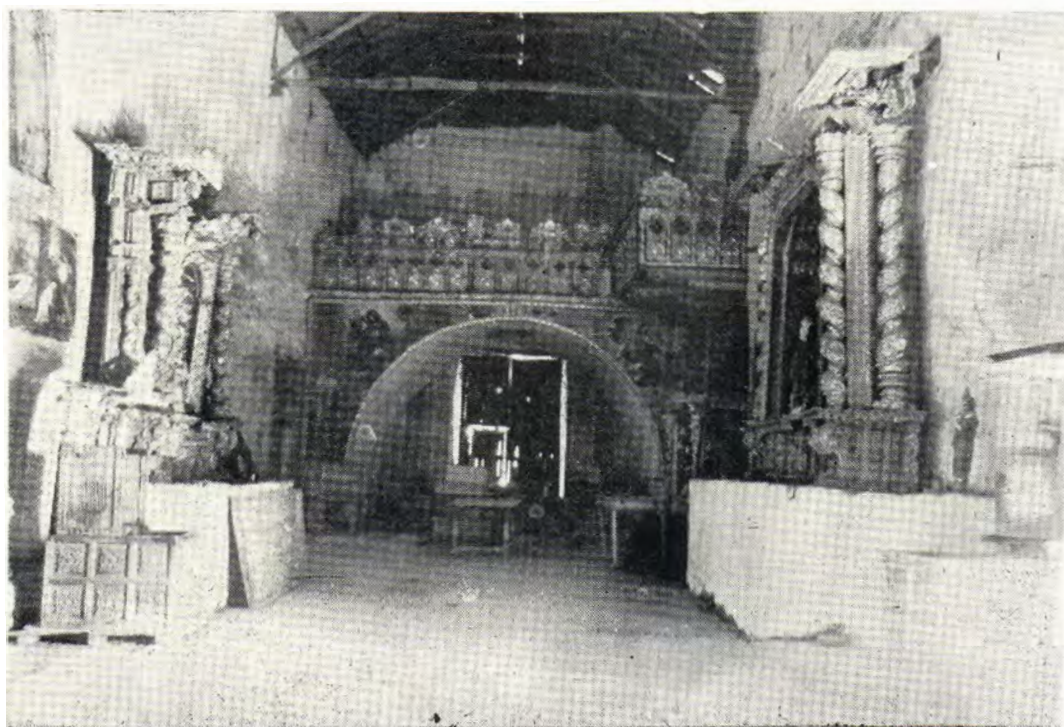
Plaza e iglesia de Coporaque. Obsérvese la loggia utilizada como "capilla abierta" en la parte superior del templo.



Retablo del Altar Mayor restos del artesanado mudejar del Presbiterio.



Beaterio de Carmelitas con su Capilla realizada en 1799 por el cacique Canantupa Sinanyuca.



Coro realizado por el Párroco Sebastián de La Paliza a fines del siglo XVIII.



Conjunto de marquetería y lienzos del siglo XVII (Superiores vida de San Juan) y del siglo XVIII (inferiores vida de la virgen).



Notable cruz monolítica que originalmente estuvo en el atrio. Nótese el curioso trabajo de las piedras de la base colocadas en forma estrellada.